



rmbm.org



rmbm.org/rinconlector/index.htm

LLÉVAME A CASA



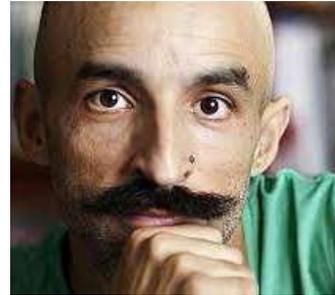
Jesús Carrasco

Murcia

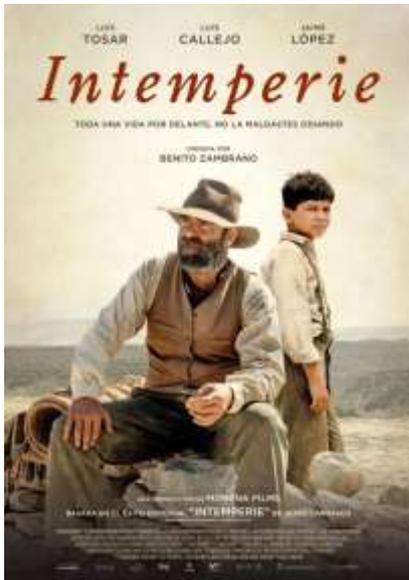
<https://www.lecturalia.com/autor/16266/jesus-carrasco>

Jesús Carrasco

Autor español nacido en Olivenza, Badajoz, en 1972, Jesús Carrasco estudió Educación Física, aunque su trayectoria profesional se dirigió desde un principio al campo de la publicidad, ámbito en el que trabajó como redactor para varias empresas.



Carrasco compaginó su labor habitual con la escritura, logrando un gran éxito con su primera novela, *Intemperie*, publicada en 2013 y traducida a siete idiomas. Con ella logró el aplauso unánime de la crítica, siendo elegida como Mejor Libro del Año por el Gremio de Libreros de Madrid, el Premio de Cultura, Arte y Literatura de la Fundación de Estudios Rurales, el English PEN Award y el Prix Ulysse a la Mejor Primera Novela Elegida como Libro del Año por El País en 2013 y seleccionada por The Independent como una de las mejores novelas traducidas de 2014 en Reino Unido.



En 2019 vio la luz una adaptación cinematográfica de la obra de la mano de Benito Zambrano.

En 2016 Carrasco publicó su segunda novela, *La tierra que pisamos*, una historia alternativa en la que el autor indaga en la capacidad de resistencia del ser humano, la empatía y el amor. Obtuvo el Premio de Literatura de la Unión Europea. A esta le seguiría *Llévame a casa*, una novela sobre la familia y los lazos que unen a las personas, y ha ganado el XVII Premio Dulce Chacón de

Narrativa Española.

<https://www.diariocritico.com/libros/resena-del-libro-llevame-a-casa-jesus-carrasco>

'LLÉVAME A CASA' DE JESÚS CARRASCO: PARÁBOLA DEL DESCASTADO

MANUEL SOSA ALONSO | 18 MARZO 2021

Nuestro diccionario entiende como descastado al ingrato, al que no corresponde al afecto de su familia y sus amigos, también a quien ha perdido o renunciado al vínculo con su origen. Según cualquiera de estas dos acepciones, Juan, el protagonista de *Llévame a casa*, el último libro de Jesús Carrasco (Olivenza, 1972), podría ser un descastado, así se lo reprocha a sí mismo cuando debe abandonar su residencia en Edimburgo para enterrar a su padre fallecido y asumir los cuidados de su madre enferma. Esta es la base de un conflicto personal, generacional e incluso cultural que cualquier lector ha podido también experimentar y que sirve de guía a esta novela, la cual huye del intimismo y el sentimentalismo profesados muchas veces a estos temas.

En su lugar, *Llévame a casa* esconde las propias vivencias del autor tras las tensiones domésticas y costumbristas entre dos generaciones: la de los padres, entregada al trabajo, la resignación y el cuidado de los miembros de la familia sin concesión alguna a las muestras de cariño; y la de los hijos, criados con los medios y oportunidades de los que sus progenitores carecieron, pero que en el momento de la madurez se topan tanto con la crisis económica como con la necesidad personal de construir su propio camino. En esta segunda generación, en Juan, en su hermana Isabel, en cierta medida su antagonista, aflora idéntico conflicto: optar entre el individualismo que la sociedad capitalista nos ha inculcado y que es simbolizado por Edimburgo, uno de los exilios más habituales de los jóvenes españoles, o responder al vínculo familiar y católico tan arraigado en nuestra sociedad, hacer lo que se espera de uno, no ser un descastado. De esta manera, la antítesis de la capital escocesa es el pueblo toledano de Cruces, es heredar el modesto y ruinoso negocio familiar, es tu dormitorio de adolescente, es fatigar los mismos bares y senderos de tu juventud.

Una vez que estos raíles quedan claros en las primeras páginas, la novela se desliza por un camino previsible y sin ninguna estación que depare al lector giros o sorpresas. Por supuesto que hay una evolución en la forma de ser de Juan, pero la esperada y ninguna más. La emoción de este libro radica en el patetismo de algunas escenas, en la falta de empatía de Juan hacia sus iguales, que nosotros sí experimentamos hacia sus personajes un tanto prototípicos; no la hay, sin embargo, en el propio conflicto, en los diálogos ni en los choques entre posturas ni puntos de vista. Estos se escurren y muestran de forma sugerente a través de los objetos, los usos, la descripción de la vivienda como símbolos de la brecha generacional y de concepción de la familia. No obstante, a la novela en su conjunto le falta fuerza y el haber asumido mayores riesgos dramáticos que la saquen del discurrir un tanto insulso donde las excesivas cotas de omnisciencia del narrador la sumen.

Es justo valorar a un escritor según su obra pasada y más cuando esta constituye el eslogan para promocionar la presente. En 2013 Jesús Carrasco protagonizó uno de los fenómenos más valientes de la narrativa española con la muy celebrada *Intemperie*. En esta deslumbrante novela, el pacense rozó lo cuadratura del círculo al conjugar un estilo sobrio y enunciativo con un bello lirismo. Esto junto al tan original trazo de ambientes y personajes le atribuyó una merecida comparación con Delibes y Cormac McCarthy. Aquel trabajo de orfebre con el lenguaje se atisba en *Llévame a casa*, pero no se acaba encontrando y ni mucho menos gozando como hicimos en su ópera prima. Tanto en esta como en la ucronía *La tierra que pisamos* de 2016, Carrasco proponía al lector espacios y tiempos sugerentes, pero difusos, lo contrario al realismo doméstico de platos de Duralex y manteles de hule de su último libro. Al mudar su narrativa hasta estos referentes tan próximos a su propia experiencia, parece que Carrasco opta por un distanciamiento estilístico a lo Raymond Carver, en centrarse en la descripción y el valor de los pequeños detalles y objetos, pero dejando de lado el lirismo de otras ocasiones y maniatando a los personajes con un narrador muy expansivo, lo cual resulta un tanto incoherente y lo contrario a lo que el padre del

realismo sucio practicaba en sus cuentos. Con todo ello, *Llévame a casa* sugiere, pero no convence y emociona, pero no conmueve.

Acabadas sus páginas, lo que deseamos es volver a leer *Intemperie*.

<https://www.elperiodico.com/es/ocio-y-cultura/20210216/jesus-carrasco-llevame-a-casa-11524722>

'LLÉVAME A CASA': PATRIA VERDADERA

Jesús Carrasco eleva la novela a obra de arte, con una historia sin preciosismos sobre la responsabilidad de cuidar a los padres

DOMINGO RÓDENAS DE MOYA | 16 FEBRERO 2021

A Jesús Carrasco lo sacó del anonimato en 2013 una novela afortunada, 'Intemperie', que contribuyó a poner de moda la ficción neorrural con un cóctel de violencia bronca y lirismo austero sobre la plantilla de un 'western' trasplantado a un escenario vago de posguerra. La reelaboración certera de estructuras consagradas, la conducción férrea de la trama y el cincelado de la prosa justificaron el aplauso unánime de la crítica, algo que no se repitió con la 'La tierra que pisamos' (2016). Quizá porque la combinación de distopía, ruralismo y alegoría no acababa de emulsionarse de manera convincente. La España que servía de escenario, ocupada por el ejército del Imperio al que había sido anexionada, quedaba lejos de la de sus lectores. Como si el escritor hubiera necesitado corregir esa lejanía, esta tercera novela busca su anclaje en un aquí y ahora profusamente reconocible: un pueblo de Toledo en 2010 y una familia que podría ser, bajo la máscara y enmiendas de la imaginación, la del propio escritor. La de cualquiera.

Porque Carrasco ha dejado atrás el pastiche y el 'crossover' de géneros para enfrentarse a una historia arraigada en una cotidianidad tan inmediata como inexorable y dolorosa: la enfermedad y muerte de los progenitores cuando los hijos tienen su propia vida lejos ya del hogar familiar, el de su patria o casa verdadera (a la que alude el título). Con los personajes justos, Carrasco configura una trama sólida y concentrada: Juan regresa desde Edimburgo al pueblo manchego de Cruces para asistir al entierro de su padre, donde su hermana Isabel, que vive en Barcelona, le reprocha su desatención e indiferencia por los

ancianos. Lo que activa la peripecia es la noticia de que la madre padece Alzheimer y es Juan quien debe ocuparse de ella, puesto que Isabel ha de trasladarse a Estados Unidos por imperativo profesional. Esa bomba estalla a cámara lenta en la mente de Juan, que con dificultad ha asimilado el cambio radical que se avecina en su vida, en la que reencuentra al amigo remoto, Fermín, y a Germán, la mano derecha de su padre en la carpintería.

Con serena credibilidad, el relato avanza alimentado de las gigantescas minucias del día a día, de la tristeza sin énfasis del deterioro de la madre, de la asunción a regañadientes de una responsabilidad filial que Juan no tiene más remedio que aceptar. Este es un proceso que culmina en una fractura íntima con algo de catarsis y de rendición. A Juan no lo habían adiestrado en el amor ni en el afecto, sentimientos que en las familias pobres circulaban en niveles freáticos porque lo importante eran los hechos (el jornal, el plato en la mesa, acudir a la escuela, visitar al médico). Su torpe gestión de las emociones y su egoísmo inmaduro contrasta con el proyecto de Isabel, una superwoman como tantas que lleva adelante su brillante carrera de científica, su matrimonio con Andreu, su doble maternidad y el cuidado de sus padres. De esa indigencia lo arranca su madre con su desamparo y su deseo de volver a casa, la de su niñez remota, cuando él no existía, una niñez cada vez más resplandeciente en una memoria que anochece. Carrasco lleva tensas las bridas de su estilo para frenar preciosismos y no desbocar la ternura ni la melancolía ni la congoja ante lo irreversible, pero esa misma tensión es la que enaltece su escritura, la libra de chantajes sentimentales y eleva su novela a las alturas donde se mueven las obras de arte.



<https://culturamas.es/2021/04/16/jesus-carrasco-llevame-a-casa-es-la-mirada-del-hombre-que-soy-en-este-tiempo/>

ENTREVISTA

Jesús Carrasco: «Llévame a casa» es la mirada del hombre que soy en este tiempo»

FRANCISCO JAVIER INSA | 16 ABRIL 2021

Con esta segunda novela, Jesús Carrasco despliega su voz narrativa de una forma extraordinaria, atrapando al lector desde la primera página. Con una prosa directa, eficaz, y precisa obliga al lector a hacer una necesaria parada para volver a releer un párrafo, una frase, una página o deleitarse de nuevo en el mensaje, en la escena, en la musicalidad de su estilo. El lector se debate entre hacer una pausa y degustar ese sabor que permanece en el paladar al final de cada capítulo, el *lasting flavour* que dirían los ingleses. Verdades que te dejan sin respiración por su crudeza y su desnudez. No hay maquillaje ni tramoya, sino claroscuros, que todos tenemos, sin excepción. Una continua encrucijada para el lector; no puede dejar de leer, pero a su vez no quiere llegar al final.

Intemperie lo consagró como uno de los debuts más deslumbrantes del panorama internacional. Sinceramente, con *Llévame a casa*, además de consagrarlo como un imprescindible en la literatura española, muchos lectores nos preguntamos dónde nos va a conducir Jesús Carrasco. Hoy nos acompaña en Culturamas y lo mejor es preguntárselo:

1.- En esta novela, nos adentra en la crudeza del mundo rural y sus particularidades, pero, por encima de todo, los conflictos a los que se enfrentan los personajes. ¿De dónde surge la novela?

La novela surge de mi propia experiencia, de lo que observo. No me refiero a que yo haya sido cuidador de una madre diagnosticada de Alzheimer. Esta novela ofrece la mirada del hombre que soy en este tiempo que vivimos. Alguien que ve cómo sus mayores envejecen y que es cada vez más consciente de lo que significa cuidar y de la injusticia que supone que ese cuidado se cargue, mayoritariamente, sobre los hombros de las mujeres.

2.- No voy a privar al lector de frases, párrafos que te dejan sin respiración por su verdad y su crudeza. La novela gira en entorno a la muerte del padre del personaje principal y cómo esa muerte transforma su realidad y la de su entorno. ¿Cree que es necesario «guardarle luto al pasado»? ¿Qué poder le otorga usted al pasado en su vida?

El luto era, grosso modo, lo que ahora llamamos duelo. Es, como sabe, un proceso que, entre otras cosas, permite superar una pérdida. Yo no siento el pasado como algo que superar sino como algo de lo que aprender. Está ahí y la única forma de operar sobre él es extrayendo conclusiones que iluminen el presente y el futuro.

3.- Hay miedos en esta novela. Miedos ancestrales que se heredan de una generación a otra, ante los cuales, los personajes se revelan. ¿Es justo que nuestros padres esperen de nosotros lo que hicieron ellos con los suyos? ¿A qué teme Jesús Carrasco?

No creo que sea justo. Su mundo era uno y el nuestro otro. En términos generales no creo que sea justo exigir a tus hijos que se hagan cargo de ti renunciando ellos a sus propias vidas. Cada familia, es bien sabido, es un espacio singular. Es cada una la

que tiene que ponderar qué es lo justo o qué es lo deseable. Hay padres que anhelarían ser cuidados por sus hijos y hay padres que no quieren que sean sus hijos los que se ocupen de ellos. En cuanto a mis temores, el poder de la ignorancia ocupa uno de los primeros puestos. La ignorancia, real o pretendida, no contempla los matices. Para el ignorante las cosas son blancas o negras. Y la vida raramente es así.

4.- Cuando leo una novela, busco un nuevo título, un titular, pero, reconozco, que he ido variando cada veinte páginas. Uno de ellos ha sido: “Yo también tengo derecho a seguir mi camino”. ¿Cree que el destino es ineludible o siempre hay una alternativa?

Habría primero que precisar qué es lo que entendemos por destino. Si estamos hablando de una suerte de predestinación mágica, según la cual el futuro está escrito, diré que no comparto esa idea. Si estamos hablando de las condiciones de vida de cada ser humano y cómo esas condiciones abren o restringen el horizonte vital, ahí sí que estoy de acuerdo. La puerta del ascensor social se abre más fácilmente si hablas tres idiomas, tienes un máster en una universidad americana de prestigio y no has tenido que perder tiempo de estudio repartiendo comida a domicilio.

5.- A través de sus descripciones, he vuelto a la ciudad de Edimburgo, sus calles, sus parques... una ciudad que adoro y a la que no me canso de viajar. ¿Por qué Edimburgo?

Porque es una ciudad en la que he vivido intensamente. Una ciudad, por lo demás, de la que es fácil enamorarse. Es tan bella y tan exótica que te deja rendido. Esa es mi experiencia como extranjero allí, lo que no me impide reconocer que es y ha sido una ciudad dura para muchas personas.

6.- En la novela define usted el “amor atómico” (no revelo nada más, porque no quiero privar al lector de la precisión de su definición). ¿Lo ha sentido alguna vez o lo siente usted ahora?

Sí, claro que lo he sentido y lo siento. Sin revelar nada de la novela aclaro que esa imagen, la del amor atómico, alude a esa capacidad última del amor de penetrarlo todo, de llegar hasta el fondo mismo del ser.

7.- La novela pone sobre la mesa, sin tapujos, las crudas revelaciones a las que llega cada personaje en momentos y viajes interiores diferentes. ¿A dónde le ha llevado la novela o en qué se ha basado para plasmarlas tan nítidamente?

Como decía al principio, es pura observación del día a día, seguida de un proceso de reflexión. Pero lo primero es siempre ser consciente de lo que sucede alrededor. Parece una trivialidad lo que digo pero no es sencillo, en absoluto. La realidad que nos circunda es tan compleja como nuestra capacidad para observarla. En un plano científico, por ejemplo, se puede observar hasta la estructura atómica de la luz que entra por una ventana. En un contexto emocional, como el de la novela, esa penetración es en la realidad a través de la observación, lleva a los personajes a descubrir pequeñas maravillas y también pequeñas ciénagas en un flan de huevo.

8.- Hay un momento de la novela en el que menciona “el Everest familiar”. ¿Cuál sería su Everest?

Mis máximos logros como ser humano, los puntos álgidos de mi vida son emocionales. Están todos relacionados con personas a las que quiero. Y soy muy celoso de mi intimidad, así que permítame que deje en este punto mi respuesta.

9.- Tras el éxito de *Intemperie*, tiene que dar vértigo volverse a enfrentar a un folio en blanco. ¿Ha sentido ese vértigo? ¿Ese miedo a no estar a la altura?

Este libro, *Llévame a casa*, viene, precisamente, tras haber superado (o eso creo) el vértigo que me produjo *Intemperie*. En todo caso, el éxito o el miedo al folio en blanco son experiencias cargadas de subjetividad. ¿Qué es estar a la altura de *Intemperie*? Yo, desde luego, no lo sé. A mucha gente le gustó el libro, a otra mucha le resultó aburrido, o prescindible, o sobrevalorado. Yo también tengo mi propia opinión sobre el libro y a veces, esa opinión varía. Desde dentro soy el menos capacitado para determinar la «altura» de algo que he escrito yo. Ni siquiera creo que sea posible precisar esa supuesta altura.

10.- Durante la novela, hace al lector recorrer el camino del protagonista (o al menos así lo he sentido yo), mirar hacia adentro y enfrentarse a sus claroscuros; reconocerlos, admitirlos y aprender de ellos. Da la sensación, cuando se está leyendo, por la precisión del lenguaje, la claridad y crudeza de las revelaciones que usted mismo ha recorrido ese viaje para transmitirlo tan fielmente, ¿ha sido así? ¿De dónde surge esa clarividencia?

Si hay alguna clarividencia, insisto, surge del hecho de observar lo que sucede alrededor y dentro de uno mismo. Es una posición curiosa la del observador. Se parece al juez de silla en tenis. Está ahí, por encima del juego, sentado en la mejor butaca del estadio, la que le permite ver mejor que nadie lo que sucede en la cancha. Ni el presidente de la República Francesa tiene un sitio así en Roland Garros. Cada uno de nosotros tiene, o debería tener, la mejor butaca de su propio estadio. Lo único que hay que hacer es permitirse ese tiempo para ver lo que sucede en la vida con la distancia del juez de silla. Y sé que la vida contemporánea no deja muchos huecos, pero no hace falta demasiado tiempo para darse cuenta de si hay polvo o no sobre una mesa. O sobre uno mismo, metafóricamente hablando.

11.- Por último, habla de la dificultad de definir los límites personales en la novela, salvo en un personaje concreto, Fermín, en los que sí están claros. ¿Cuáles son sus límites?

Los límites, de momento, son los que me marcan el cuerpo y el tiempo.